

Mi nombre es Catalina y vengo en representación del Ministerio Episcopal para los Trabajadores del Campo. El Ministerio es un proyecto de la Diócesis Episcopal de Carolina del Este y de la Diócesis Episcopal de Carolina del Norte. Nuestra misión es apoyar a los trabajadores agrícolas y sus familias. Lo hacemos por medio de servicios directos, educación comunitaria, desarrollo de liderazgo, y abogacía. Yo soy una líder comunitaria del Ministerio.

Estoy aquí hoy porque estoy apoyando una reforma migratoria para los 11 millones de inmigrantes indocumentados en Estados Unidos. Yo tengo 21 años viviendo en Carolina del Norte. Durante todo este tiempo he trabajado en la agricultura sembrando y cosechando arándanos, chiles, pepinos, tabaco, camote y muchos otros productos. El trabajo del campo es por temporada, entonces también he trabajado limpiando casas, y ahora trabajo en una planta procesadora de carne.

Mi vida en Estados Unidos ha sido muy difícil.

Por un lado, he tenido experiencias y oportunidad bonitas, tengo tres hijos nacidos en los Estados Unidos. Ellos tienen la oportunidad de una buena educación y la posibilidad de ir a la universidad, y estoy muy agradecida por eso.

Pero también he sufrido mucho al vivir en Estado Unidos indocumentada.

El sistema de inmigración no es adecuado y las leyes de inmigración no son justas. Sin un camino a la legalización, estamos condenados a vivir en las sombras y expuestos a la explotación y el abuso. Esto está afectando a las familias de muchas maneras.

En el 2017, mi esposo fue detenido en el Condado de Wake, en Carolina del Norte, por no tener licencia de conducir.

El proceso fue injusto, ya que todo pasó muy rápido y fue llevado a un centro de detención de ICE casi inmediatamente. Yo hice todo lo posible para que los abogados lo ayudaran, pero lo transferían de un centro de detención a otro, tan rápido, que ni el abogado pudo ayudarlo. Mi esposo sufrió mucho durante casi seis meses en detención, con tratos inhumanos hasta que eventualmente lo deportaron.

Mi esposo estaba manejando por necesidad, pues es necesario hacerlo para poder ir al trabajo y para llevar a los niños a la escuela.

Cuando mi esposo fue deportado, mi familia se quedó sin sustento. Me quedé con el papel de ser mamá y papá para mis hijos. Fue muy difícil para mí sostener a la familia sin mi esposo.

Fue muy triste tener que dejar y ver a mis hijos llorar cuando yo tenía que ir trabajar para poder pagar mis cuentas. Ahora, trabajo el tercer turno en una planta procesadora de carne, porque

así puedo cuidar a mis niños durante el día y llevarlos a la escuela. En lo normal duermo unas 4 o 5 horas al día. Como todas las mamás, yo quiero lo mejor para mis hijos y para mi familia.

El sistema de inmigración, las deportaciones y las redadas en los trabajos están hiriendo a nuestras familias, a nuestros niños y a nuestras comunidades. Mi historia no es única.

Día tras día escuchamos las historias de las familias que son separadas y traumatizadas por la falta de documentación: niños que crecen sin sus padres, personas con problemas de salud mental por el trauma de la separación forzada, personas que viven con miedo de ser deportadas y que aguantan el abuso laboral, físico, o psicológico.

Por no tener documentos legales hemos tenido que llorar a nuestros familiares muertos por COVID en nuestros países sin poder darles el último adiós. Durante esta pandemia hemos sufrido desproporcionadamente porque no hemos recibido la ayuda de los estímulos económicos y por las numerosas injusticias en el trabajo.

¡Necesitamos ACCIÓN YA! Muchos de nosotros somos trabajadores esenciales y hemos dado todo nuestro esfuerzo y buen trabajo, pero en lugar de que esto sea valorado, seguimos siendo atacados. ¡Somos trabajadores esenciales que sólo son valorados por lo que producen, pero no como seres humanos!

Ya no queremos vivir con miedo, estancados por falta de documentación, y sin poder movernos libremente, porque en lugares como Carolina del Norte ni siquiera podemos obtener una licencia de conducir.

Estamos aquí para pedirle al Presidente Biden que mantenga la promesa que hizo durante su campaña presidencial. Espero que escuche nuestra petición pues nosotros seguiremos luchando por nuestro sueño pero necesitamos su APOYO para que esto sea una realidad.

A las personas ciudadanas que nos están escuchando les pedimos su solidaridad y apoyo. Unan sus voces a las nuestras para que las personas que tienen el poder de hacer un cambio, hagan lo correcto. En este país tenemos la convicción de que todos los seres humanos han sido creado iguales y que todo ser humano tiene el derecho a la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad. Estamos pidiendo que se reconozcan estos mismos derechos a los 11 millones de personas indocumentadas que son parte integral y esencial de la sociedad.

Como personas de fe, creemos que todo ser humano tiene valor inherente porque todos fuimos creados en la imagen de Dios. Nuestra fe nos impulsa a trabajar para crear un mundo mejor, amando al prójimo como a nosotros mismos. Así como nuestra fe nos impulsa a tratar a todo ser humano con respeto y dignidad, esperamos que esta sociedad nos trate de la misma manera.

Queremos seguir trabajando y aportando dignamente a este país. Nuestros sueños NO son ilegales, y nuestras familias merecen seguir unidas.